

La Fortuna de Onetti

La polémica intergeneracional suele tener sus extravagancias. Una de las más típicas es la incompreensión total, el diálogo de sordos, la omisión deliberada de todo reconocimiento. En este país en que suele practicarse con tanto entusiasmo el olvido (hay especialista en la amnesia, en la política del silencio, en la distracción prefabricada), no es extraño que al trazarse panoramas literarios o balances críticos zonas enteras de nuestra literatura desaparezcan como devoradas por un terremoto: la mezquindad, la envidia, el fariseísmo del cronista las ha omitido.

Por eso mismo resulta más notorio el caso de Juan Carlos Onetti, cuya fortuna literaria ha ido acentuándose hasta ser hoy el único escritor uruguayo aceptado por tirios y troyanos, por los partidarios de la extrema experimentación narrativa o por los conservadores apegados al realismo documental, por los escritores ya establecidos de la generación del 45 y por nuevas, más inmaduras, promociones. La fortuna de Juan Carlos Onetti, para usar un término muy habitual en la crítica literaria europea, es tanto más singular si se piensa que es un narrador nada fácil, que su mundo está creado con la angustia de una experiencia vital morosa y hasta única que su estilo deriva de las más complejas circunvoluciones de William Faulkner. También es curiosa su fortuna si se tiene en cuenta otro aspecto de su personalidad.

En un país politizado hasta los tuétanos, Juan Carlos Onetti se ha dado el lujo de dedicar en 1960 una de sus mejores novelas a Luis Batlle Berres (*El astillero*, se llama), de ser colaborador de *Acción* y militar amistosamente al menos en el Partido Colorado, sin haber perdido por eso su

predicamento en círculos blancos o en grupos de izquierdismo más o menos ostentoso.

Es claro que hay una buena respuesta para estos aparentes enigmas. La obra de Onetti es de tal calidad, su dedicación a la narrativa tiene tanta fuerza de convicción, su universo es tan entero, que hay muy buenas razones literarias para justificar que Onetti se encuentra, casi el único, *au dessus de la mêlée* de esta todavía provinciana Montevideo. Sin embargo, conviene aclarar que no siempre ocurrió así. Hubo una época (hace más de veinte años) que los lectores de Onetti se contaban con los dedos de una mano, y todavía sobraban; una época en que su primer libro, *El pozo*, dormía el sueño de los justos en los depósitos de la imprenta que tuvo la osadía de publicarlo (ahora es uno de los auténticos incunables de estas últimas décadas); una época en que Onetti era objeto de un culto secreto. Los tiempos han cambiado y ahora todos lo leen, lo imitan, escriben sobre él.

UN SIMBOLO IMPORTANTE

Hay una paradoja más detrás de esta aceptación más que popularidad de Onetti (sus obras no son *best-sellers* en la categoría de las de Mario Benedetti): Es evidente que sus libros no suelen ser analizados muy a fondo. En realidad, para un escritor de su importancia resulta paradójico que el único estudio largo que se le haya dedicado (en la revista *Número*) sea de 1951. Existen, eso sí, muy largas reseñas de sus obras, algunas de ellas son verdaderos estudios en síntesis. Pero no existe todavía un trabajo que analice a fondo el mundo misterioso, sobrerreal, de Juan Carlos Onetti.

Incluso su más devotos cronistas suelen equivocarse sobre el significado interior de sus textos. Releyendo hace poco su último libro, *TAN TRISTE COMO ELLA* (Montevideo, Editorial Alfa, 1963, 92 pp.), me llamó mucho la atención que el símbolo sexual de que se vale Onetti para abrir y cerrar el primer cuento largo no fuera señalado por la crítica más fervorosa. Es, sin embargo, un símbolo de tal importancia para la comprensión del relato, de su mera anécdota incluso, que parece imposible hablar del significado del cuento sin empezar por aclararlo previamente. En la forma del suicidio de la muchacha hay una clarísima referencia a su primer contacto con el protagonista, con lo que el comienzo y el fin del largo relato se unen en la misma imagen creando un universo completamente cerrado y cíclico.

Pongo este ejemplo cercano para ilustrar precisamente una de las dificultades de acceso a la obra de Onetti y para comentar la paradoja de esta fortuna de que goza actualmente su obra. Es indudable que la aceptación general de un escritor no es siempre prueba de comprensión profunda; también es indudable que muchos de los que ahora aplauden y exaltan su obra, apenas si la entienden bien; también es posible sospechar que otros lo aaban como forma de deprimir a narradores importantes de una generación inmediata, pero éste es tema que merecería ser analizado aparte. De todos modos me parece bien que ya sea por las buenas o las malas razones su obra sea considerada, comentada, aplaudida. Pocos escritores tiene o ha tenido el Uruguay que puedan compararse con éste.

EMIR RODRIGUEZ MONEGAL